

Las Españas Afinidades y conflictos

Volodia Teitelboim

Ella sintió a España como contradicción seductora y anonadante

El tratadista español Menéndez y Pelayo estaba persuadido de que Chile no producía poetas por razones históricas. ” **Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia**” Tal base, en su opinión, determinó el carácter de su cultura y la pobreza de su poesía. El chileno no está para versos. “**El carácter del pueblo chileno – agregó Menéndez y Pelayo- como el de sus progenitores vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades [...]. El predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye a aumentar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena** ”

Gabriela Mistral, que se decía descendiente directo de indios bárbaros, con apellidos originales vascos, es un primer buen desmentido a la tesis de Menéndez y Pelayo, para no hablar de un segundo apellido ‘, Reyes Basoalto, alias Pablo Neruda. Hay terceras, cuartas y enésimas excepciones a su teoría. Ella sintió a España como contradicción seductora y anonadante. Tuvo conciencia de que existen varias Españas. La mediterránea tiene poco que ver con el paisaje de Castilla que a veces percibe de color ceniza. “**Como Kempis, deprime en un versículo**”.

Tremenda tierra, propicia a la abstracción y a la metafísica. Acude necesariamente al Escorial, “una estrofa en la meseta”. Se sintió absorbida por el frío de los corredores, causándole la impresión de que ya conocía todas las fortalezas y que cargaba una túnica de bronce sobre sus espaldas, extrañas a la grandeza del poder. La piedra, el pudridero, donde se corrompen y se deshacen las carnes más solemnes de reyes y príncipes, le habla del dominio final de la muerte y la sombra. Felipe es un rey envuelto por la tristeza. Ante el dueño principal del mundo, ella, pequeña sudamericana, oriunda de países ultramarinos, que fueron parte de su patrimonio personal, no sintió el orgullo del poderoso sino su temor a la muerte, el imperio de la severa religión de la austeridad, que la inclinaban a contemplar largamente la mesita, el pequeño escritorio minúsculo en que el hombre solitario firmaba el despacho y decidía el destino de su patria lejana, estremecida por la guerra secular contra los indios. Luego se detiene ante el lecho, donde el amo del orbe fue devorado por el cáncer. El hombre que había en el rey sintió que se descomponía su carne. Así moría el “**demonio del medio día**”, ese pecador anti lujurioso, esclavo de un Dios hosco y sangriento, que quemaba herejes para salvar su alma.

Hizo del cristianismo el culto de la verdad que se abre paso por el camino de la

violencia y practicó el poder al modo de un ejercicio tan duro como melancólico, porque creía en la bondad del cielo y en la maldad humana. Gabriela se detiene ante el hombre que volvía cada día más putrefacto, que tiene por trono ambulante una incómoda silla de montar, a horcajadas de la cual viaja desde Madrid a la fortaleza, sintiéndose morir en el camino por los estragos de una enfermedad de origen aún más desconocido entonces que hoy. La chilena siente que Felipe II es uno de los rostros de España, el más sobrio, el poseído por un sentido sobrenatural de su misión en la tierra, al estilo de los fanáticos fundamentalistas que conciben la alegría de vivir como un crimen. La molde de piedra la abrumba. El personaje le da miedo y su rostro huraño le inspira piedad.

Otra monja escritora (bien distinta de la mexicana) le dice que Castilla es como un vino fuerte. Esa religión que entabla con ella el diálogo imaginario es Santa Teresa. A aquel rey lo poseía una pasión creadora que pasaba por la destrucción. Ella conversa con la monja de Avila, que tiene el semblante **“rojo como un cántaro castellano”**. Compara las tierras de ambas. Para Gabriela, Castilla no tiene regazos; en cambio sus cerros elquinos hacen **“cobijaduras por todas partes”**. La Santa no ama las tierras grasas, los hombres y las mujeres blandos, habituados a la complacencia, que se traduce en “vicios de palabras grandes”. A su entender, la naturalidad es hija de Castilla. Gabriela contraataca, pero ¿el Escorial no es un monumento a la soberbia? La monja responde, atribuyéndole responsabilidad al carácter de los tiempos. España cumplió con América; fundó a lo gigante; que los americanos hagan lo suyo. Tal es la orden de trabajo teresiana.

Se trata de una conversación sostenida en 1925. Viajará a través de Castilla por consejo de la monja castellana. Irá a su ciudad. La Sierra de Guadarrama le recuerda a su Magallanes, no a Manuel sino a esa ciudad del Estrecho donde reina largo la escarcha. Cuando llega, Avila también está blanca de frío. El paisaje semeja un **“cuello de buitre”**. La Santa lo sentirá como campo de labor. Prefiere una página de Las moradas a la iglesia dedicada a ella. Se siente hermana de aquella **“majadera del Señor”** La fantasía de la conversación la induce a preguntarle por qué se puso a escribir versos, por qué se dedicó a las rimas. **“Se me cayeron de entre los dedos- dice -, que eso también viene del amor y no del pensamiento con jadeo”** Penetra en la zona explicativa del arte poético. **“Oye: en cuanto vuelves y revuelves lo que vas a decir, se te pudre, como una fruta magullada; se te endurecen las palabras, hija, y es que atajas a la Gracia, que iba caminando a tu encuentro”**

Andalucía es distinta, no castellana; medio española y medio árabe. Encuentra que en Sevilla y Córdoba (dice que a Granada no ha ido)

...lo español retrocede; estorban un poco sus injertos intrusos; a trechos se le olvida. Tan impetuosa es todavía la presencia semita. Se miran con un impertinente cariño los rostros árabes rezagados que encontramos.

Ella se declara más cerca de Andalucía y de su mezcla que de Castilla. Sentía que lo andaluz iba más derecho a sus raíces y a su noción de cultura. Así es también con el habla popular chilena. La cultura es para ella **“la manera de vivir”**, pero con paralelas que se encuentran en el camino: redescubrimiento del mueble de la casa, del mueble que viene del Oriente y que le recuerda al mexicano; de la lencería, del manto árabe, del labrador de los materiales finos, de la talabartería cordobesa. Esto la hace decir que el gaucho y el huaso han acariciado en su montura, sin saberlo, una **“cosa árabe”**; la lleva a acentuar esa idea casi doméstica de la cultura.

Raza más acendradamente culta que las del árabe- español y del judío-

español, que aquí se enderezaron, no las ha repetido el Oriente en ninguna de sus acampaduras geográficas. Ni en Africa, donde se quedó, ha conseguido duplicarla. Con razón se ha dicho que, lo mismo árabes que judíos, en España lograron sus generaciones mayorazgas y que su aristocracia aquí se obtuvo como una gota de esencia, de cuya destilación se hubiese perdido el secreto.(172)

La aproxima su pasión por el agua, su cultivo del lenguaje de la fuente, metido dentro de sus salas; los patios con espíritus de jardines, donde siempre está sonando suavemente el líquido como una música que sale de los aljibes. También siente cercano el parentesco por el oficio hortelano, que le recuerda su tierra, la selección de las especies botánicas, el sentido de la fruta dulce, ese amor por la pulgada de tierra que la traslada a Elqui. La interpreta como una lucha contra la sed de tanta gente suya que recorre el desierto. La música de la fuente. El joven García Lorca, en esos años tiene la revelación de lo árabe- español. Forma el cuerpo y el alma de su poesía.

**Un solo pez en el agua
dos Córdoba de hermosura
Córdoba quebrada en chorros.
Celeste Córdoba enjuta...**

Gabriela Mistral alcanza a nombrarlo. Siendo escritora contumaz hablará, por cierto, de sus colegas españoles y portugueses. Y sobre todo de los que pertenecen a su gremio por partida doble: los poetas inevitables y necesarios. Para ella, el misterio de la península lo ahonda Maragall, Carner, Unamuno, el que domina segundo Valle Inclán, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro, García Lorca, Alberti, Gerardo Diego y los demás. Es una lista justa y arbitraria a la vez. Tiende a compararlos con la de su ultramar americano. Los llama alumbrados de la lengua. Invoca algunos nombres: **“José Martí, Alfonso Reyes, Eduardo Barrios, Vicente Huidobro, Teresa de la Parra, y otras gentes queridas...”**; o no tan queridas.

Advirtamos que nombra en buena compañía internacional a Vicente Huidobro, quien no la respeta. Un día Mathilde Pomes, traductora de la Mistral al francés, conversando con el autor de Ecuatorial, llama grande a la chilena. Su compatriota **“creacionalista”** discrepa: **“Grande por la talla- ironiza-. No es más que una maestra de aldea”**.

Huidobro escribe a Rosamel del Valle: **“Esa pobre Mistral, lechosa y dulzona, tiene en los senos un poco de leche con malicia”**

La preceptora de villorio perdido no se inmuta. Anota que:

Pedro Salinas tiene leído su Max Jacob y su Apollinaire y su Huidobro; le gustan; seguramente les reconoce, como yo les reconozco, que nos han sacado las manos del caramelo por fundido intolerable, de la falsa sentimentalidad, y nos han curado del alarido.(173)

Rememora a los que se quedaron allá, en el áspero terruño y constata lo que estima un período estéril:

Vuelvo a sentir a Chile lo rijoso y lo voluntariamente amojamado. Parece que se escriben menos versos que en los buenos tiempos de Cruchaga; tan

aristocráticamente desconocido!), de Hübner, de De la Vega, de Guzmán y otros de su Cábala. Parece, digo, que volvemos a la tradición fea del pueblo que no quiere aventuras con la poesía y se ha casado, para toda la vida y no por un matrimonio a plazo, a lo yanqui, mientras le convenía, con la historia y el folklore (174)

Sin quererlo parece que le diera un poquito de razón a Menéndez y Pelayo.

Mantuvo larga admiración por don Miguel de Unamuno. La conmueve el desterrado.

Me han contado que su casa de París (de su apartamento sobrio y casi pobre) se iba por el Metro a un café en que tenía españoles e hispanófilos franceses. Para conversar, y que de ahí volvía a su casa por el mismo camino sin ver París, sin pedir noticias de music-halls, con una indiferencia fabulosa de la “Ciudad de las Complacencias”. Y un día no pudo más con los bulevares y la Plaza del Carrusel, y se fue a su Hendaya casi española. Hendaya le ha dado, entre otros, un poema que no he podido leer, desgarrón de ese corazón sesentañero, tan robusto como el algarrobo chileno... (175)

Piés de página en el libro

172- R.E. Scarpa, Gabriela anda por... “Recuerdo del árabe - español”, pág. 370.

173- R.E.Scarpa, Gabriela piensa...”Página para Pedro Salina”, pág. 255.

174- Ibid.,pág. 256.

175- Ibid., “Cinco años de destierro de Unamuno”, pág. 247

* *Texto extraído del libro Gabriela Mistral publica y secreta de Volodia Teitelboim. Editorial Sudamericana Chilena, 1996.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 